

## MEMORIA Y GENEALOGÍA EN LA EDUCACIÓN DE LAS MUJERES

CONSUELO FLECHA GARCÍA\*

En el ámbito de conocimiento de los “Estudios de las Mujeres”, no dejan de crecer las aportaciones que se producen en la investigación, en la docencia y en otras formas de crear y de difundir nuevos saberes. Con una cadencia que acorta el espacio de la discontinuidad, se van logrando al mismo tiempo avances paulatinos en la sensibilización de la comunidad científica, y en la actitud tanto del profesorado como del alumnado, respecto de las finalidades que sirven de referencia en esas búsquedas.

El afianzamiento de una mayoría de mujeres en las Universidades, y muy especialmente en las carreras que preparan específicamente para la práctica profesional en tareas educativas, es una de las razones que más está animando a quienes cultivan la historia de la educación, a centrar las preguntas en la población femenina como sujeto y como objeto de estudio. El interés por parte de las alumnas hacia conocimientos que reflejen su vida y su pasado, el deseo de que se incluyan estos temas en los programas de las asignaturas, su mayor sensibilidad hacia un planteamiento científico y metodológico no androcéntrico, ha apoyado el origen, y está permitiendo la consolidación, de este movimiento transformador. Una preferencia que también se justifica desde la necesidad que siente el alumnado de una formación más abierta a grupos y a planteamientos que apenas habían sido tenidos en cuenta hasta hace poco.

En muchas Universidades españolas, como en las de otros países, se han ido creando en los últimos veinticinco años, espacios académicos para trabajar, para intercambiar, y para potenciar los proyectos de investigación y el desarrollo de un tipo de docencia que acuden a la historia de las mujeres situándose desde la perspectiva que las propias mujeres aportan; que recurren a los rastros de la memoria depositados en los archivos, para confirmar la presencia de mujeres en procesos, formales y no formales, de enseñanza-aprendizaje y, más tarde, en los distintos niveles del sistema educativo. Una tarea que con ilusión y con constancia, un grupo creciente de investigadoras llevan años realizando –como se pone de manifiesto en las páginas de este libro–, que es imprescindible para entender mejor las tareas asignadas y el sentido de las relaciones dentro de cada sociedad, para convertir lo sucedido en un relato a varias voces que permita matizar, incorporar, dialogar, contrastar y, en definitiva, enriquecer, las referencias a las que pueden acudir las nuevas generaciones, especialmente las de mujeres.

---

(\*) Universidad de Sevilla.

Esta actividad intelectual se está llevando a cabo desde posiciones diversas y sobre temáticas muy distintas, pero con una mirada que parte de las mujeres en los objetivos de elaboración y en la transmisión de los resultados. Ha ido produciendo en los últimos años un conjunto importante de aportaciones que, poco a poco, van siendo reconocidas por quienes cultivan las áreas de conocimiento a las que afecta; reconsideración del significado de lo que se conoce del pasado que vemos que otros colegas hombres han empezado a introducir en sus propios proyectos de docencia y de investigación. Caer en la cuenta ahora de la invisibilidad, del silencio de las mujeres en la historia, ha despertado la curiosidad intelectual y el compromiso de una parte de la comunidad científica hacia un sector de conocimiento no atendido hasta ahora; hacia la otra mitad de la población, más silenciada que callada, de acuerdo con lo que muchos estudios están poniendo de manifiesto.

La entrada de temas y de visiones renovadas como fruto de esas aportaciones en las disciplinas históricas, o que no renuncian a una presentación diacrónica de los contenidos, de los planes de estudio, que llevan a ver la realidad también desde la experiencia y desde la contribución de las mujeres, se ha demostrado como un medio muy válido para favorecer el aprendizaje de contenidos científicos y culturales incorporando otras categorías de análisis, y para divulgar la investigación desarrollada en los últimos años. Actitud que está introduciendo un factor de cambio en la transmisión de teorías y en algunas de las prácticas educativas que se realizan en las aulas; que permite replantear la docencia de la propia disciplina con criterios más amplios, sin centrarla únicamente ni en el mundo masculino, ni en la mirada y en la interpretación de los historiadores que la han construido a lo largo del tiempo.

La Historia de la Educación como campo de conocimiento sistematizado, cuenta con un recorrido de dos siglos de vida en los que ha ido configurando el marco de las finalidades que le son propias, ha ampliado los campos de interés, y se ha consolidado como una disciplina diversificada en los temas que estudia y en el sentido con que los difunde. En relación con las mujeres y con los procesos educativos de los que han participado, apenas empieza a detenerse en esa mitad de la población que no despertaba curiosidad hasta hace poco, aunque se justifica mal ese proceder si pensamos en la constante importancia cuantitativa de la población femenina, que habría tenido que ser atendida por quienes la cultivaban.

Dentro de este ámbito disciplinar, la Historia de la Educación de las Mujeres se desarrolla en la actualidad, con autonomía, forma parte de las opciones curriculares que ofrecen las Facultades de Ciencias de la Educación a su alumnado –a cursarla acuden también de otras muchas Titulaciones Universitarias–, las líneas de investigación son numerosas, y las publicaciones son una evidente prueba de lo que se va logrando. Es un saber que dispone de múltiples posibilidades de desarrollo y que está inmerso –lo comparte con otras disciplinas–, en una extensión constante de la temática en que se detiene, y de la metodología que utiliza, tanto en la investigación como en la docencia.

## **RECUPERAR LO QUE DE VERDAD SUCEDIÓ**

El acercamiento crítico que caracteriza a los Estudios de las Mujeres supone que, de las realidades que se observan y se analizan, forma parte el contexto sociopolítico y cultural en el que tuvieron lugar; escenarios que, al no ser ajenos al conjunto de objetivos que se buscan en el relato del pasado, ni a las dinámicas concretas de desarrollo de cada una de las cuestiones en que se centra, están siendo atendidos a la hora de recuperar la memoria de lo

que sucedió. Y, al mismo tiempo, el enfoque crítico permite introducir una reorganización creadora y explicativa cuando nos referimos a su significado y a su sentido, ayudando de esta manera a comprender, a explicar y a percibir dimensiones que los más cercanos en el tiempo, no supieron o no pudieron ver por falta de perspectiva temporal y espacial.

Como el desarrollo y el crecimiento de la historia de la educación han estado, sin duda, vinculados a la necesidad de conocer, y a la curiosidad por saber el papel de la instrucción en los cambios sociales, la tarea investigadora ha focalizado los modos de proceder en los procesos educativos y en los grupos que se beneficiaron de ellos. Algo que hoy seguimos haciendo, buscando entenderlos y explicarlos, sin que se nos olvide poner el acento en cómo afectaron a la población femenina, no sólo en lo que sucedió en relación con la masculina.

Y vemos que se hace desde la historia de la educación y desde otras historias sectoriales, atendiendo a los tiempos (antigua, medieval, moderna y contemporánea) y a las temáticas (de la vida privada, de la familia, de la infancia, de la cultura, del derecho, de la religión, del arte, etc.); con la dedicación de personas y de grupos para las que las prácticas educativas se han convertido en objeto de atención preferente, en la medida en que conciernen a una dimensión humana abierta a las múltiples miradas que pueden atraer, y de las que se obtienen visiones específicas; a su vez, capaces de ser utilizadas como contraste para el tipo de análisis al que se aspira.

Si la relación educativa se desarrolla dentro de sistemas sociales, como una de las redes que los va formando; si en ellos se crean y de ellos dependen en mayor o menor medida, las conexiones entre historia de la educación e historia social, resulta lógico implicarse en trabajos que proyectan mayor luz a una actividad que afecta a grupos a los que ahora no se puede negar un espacio en los nuevos relatos históricos. Y no sólo con la historia social, porque es innecesario aludir a que los límites conceptuales de las disciplinas son cada vez más abiertos y permeables y, en consecuencia, crecen las posibilidades de aproximarse a los temas de una manera interdisciplinar; una variable, actualmente casi inevitable en la investigación.

No es posible escribir una historia de la educación de calidad sobre cada grupo, y sobre todas las personas a las que concernía, no sólo cuando hacemos la de las mujeres, sin atender a las siguientes dimensiones:

- Sin tener como referencia los contextos y las dinámicas sociales que acompañaban la vida de las mujeres, y prescribían las propuestas educativas formales y no formales, en cada uno de los tiempos históricos. Sobre todo, con la atención puesta en los cambios experimentados en los dos últimos siglos.
- Sin observar las estructuras familiares y las relaciones cercanas –pertenencia a clase social y contactos con círculos de influencia-, entrando en sus criterios de funcionamiento interno y de interrelación con el entorno.
- Sin referirse al ensamblaje entre los modelos de enseñanza diseñados y aplicados, y las peculiaridades de la historia política y la económica, de la historia social y la de la cultura.
- Sin preguntarse, de manera explícita, por las pautas utilizadas para la periodización tradicional de las etapas históricas- no siempre aplicable a la población femenina, por el significado que encierran las teorías del cambio social, por la necesaria crítica a una excesiva atención a los hechos públicos y a los excepcionales, que sólo incumbían a grupos minoritarios.

- Al menos en el caso de las mujeres, una investigación que no concluya, cuando indaga la presencia de niñas en los diferentes niveles de enseñanza y comprueba su ausencia, que la educación ha estado ausente de las vidas femeninas. Es decir, sin valorar la aportación y el sentido en su época y contexto, de la formación que recibían, y destacando únicamente que no estaban en la que preparaba para determinadas funciones públicas. Una historia que no se limite a lo que la población femenina no pudo hacer, porque debilita a cada mujer concreta y a todas las mujeres, porque induce a una imagen de ellas que no responde a toda la realidad.

Presupuestos que nos dirigirán hacia el objetivo de poder escribir una trayectoria de la vida humana con la virtualidad de transmitir lo que fue la experiencia de un mayor número de grupos y de personas, y dispuesta a divulgar una visión más plural del hecho educativo, al no prescindir de la participación femenina. Prácticas de educación significativas no sólo para las mujeres que las protagonizaban sino para el conjunto de la población. Es una exigencia ya inexcusable la incorporación de las mujeres al relato histórico sobre cualquier dimensión de la vida, pues no se puede prescindir de las que, en razón de su diferencia sexual, se han visto afectadas por conocimientos y por procesos educativos que no las tenían en cuenta.

Situándose en esta línea, se rectifica la hasta ahora atención exclusiva a los protagonistas de situaciones oficiales y en escenarios públicos, que eran a quienes los investigadores masculinos tenían más acceso y querían destacar al calificar dichas situaciones como las únicas importantes. Significaba priorizar una parte de la realidad a la hora de reconstruir el pasado, obviando lo que sucedía en los espacios no oficiales y privados, más decisivos, o al menos igualmente, para la vida colectiva. El resultado ha sido un relato de lo acontecido que introducía claros sesgos en la memoria transmitida, precisamente esos de los que estamos empezando a distanciarnos, por el deseo sentido de una mayor fidelidad histórica.

La educación, un concepto polisémico con múltiples concreciones, entendida desde un significado más amplio, el que hace relación al conjunto de prácticas, de saberes, de sentimientos, de discursos, y de valores, que cada generación mantiene, reestructura y transmite a las siguientes. Una función que se realiza con modalidades diversas coincidiendo, bien con la que se muestra más cercana a lo que son procesos generales de socialización, bien con actividades educativas, formales ofrecidas y desarrolladas desde instancias no escolares, o bien con la educación formal, la escolar, sistemática e institucionalizada. Sólo situada en este horizonte podremos focalizar en nuestros estudios histórico-educativos a otros grupos y, entre ellos, al más numeroso, a la población femenina.

Las publicaciones sobre estos estudios a cuya consulta acudimos, están respondiendo a esa mayor diversidad de modalidades del hecho educativo, sin que por ello se prescinda de temas relativos al contenido de los discursos pedagógicos, a la trayectoria de las instituciones educativas y al desarrollo de la legislación y de la política escolar. Temáticas que se abordan en la actualidad con las categorías de análisis utilizadas por la nueva historia, y situándose más, allí donde la realidad narrada se producía. Se han diversificado los centros de atención y se han hecho más plurales las perspectivas, pero sin querer alejarse de la idea de perfil articulado de la realidad que es necesario transmitir.

Además, la interdisciplinariedad que aporta el que la educación de las mujeres esté siendo estudiada desde diferentes áreas de conocimiento, ha favorecido la relación entre diversas historias sectoriales y otras disciplinas. Como el que algunas de éstas, la antropología,

la psicología, la sociología, etc., acudan a los procesos educativos en la historia para interpretar y para resolver mejor algunos de los temas de estudio que desarrollan. En este sentido, los trabajos incluidos en este libro ponen de manifiesto el interés de quienes investigan desde la historia general, y desde otras ciencias, hacia los procesos educativos de los que participaron las mujeres, ya que sin ellos es más difícil reconstruir la evolución de las mentalidades, de la cultura y, en definitiva, de las sociedades en las que también estaba e interactuó la población femenina.

La procedencia científica de las autoras de trabajos en este libro, es testimonio del diálogo, de las relaciones y de los intercambios con otras historias sectoriales y con otras ciencias. La especificidad del objeto de estudio que aquí se trata, la educación, se aborda con ese carácter de interdisciplinariedad que facilita el situar cada tema en un marco más amplio; es decir, haciendo viables planteamientos e investigaciones abiertas a la contribución de otros campos y a la búsqueda de nuevas significaciones; aproximándose más a la recuperación de lo que de verdad sucedió.

## **LA HISTORIA DE LA EDUCACIÓN DE LAS MUJERES COMO DISCIPLINA**

Me he referido en otro lugar a que quienes escriben historia saben que deben tejer el relato con creación, con relecturas e interpretaciones, con deseos y pasiones personales; y que la imagen ante la que nos sitúan, varía según el tiempo y las circunstancias en que fue obtenida; porque la historia es una narración fechada, con datos provenientes de la memoria heredada y de los subrayados compartidos, en donde no faltan amnesias y omisiones, unas involuntarias y otras conscientes.

De ahí que estemos ante una evolución significativa de los trabajos sobre historia de la educación de las mujeres, para los que se vuelve a las fuentes y se busca en ellas, coincidiendo con la renovación que se está produciendo dentro de la historiografía general, y en virtud de los vínculos que tiene establecidos con los “Estudios de las Mujeres”. Desde hace apenas dos décadas la actualización temática y metodológica ha acompañado el crecimiento del número de libros, de artículos, de programas, de conferencias, etc., enriquecidas por las perspectivas y los puntos de vista desde los que hoy se produce el acercamiento a la presencia de mujeres en el pasado.

Si la educación es una actividad que ha acompañado la vida de todas las sociedades, aunque fuera de manera muy diferente y desigual, en unas y otras, para las mujeres y para los hombres, su análisis es de fundamental importancia si se quieren entender tanto los procesos de reproducción, que dan estabilidad y permanencia a las sociedades, como los sistemas de producción, es decir, los que crean cultura, sea ésta material o intelectual. De ahí que hayan existido siempre procedimientos diversos para la formación de las generaciones jóvenes; transmisión de pautas de conducta, fomento de relaciones personales y creación de instituciones, dirigidas a la educación de cada individuo y de cada grupo, incluidas las mujeres.

A partir del conocimiento que esa realidad genera, se ha podido articular una disciplina específica, la historia de la educación de las mujeres, un ámbito de estudio no incluido en la primera etapa de la historiografía educativa española; aparece después de reconocerla como uno de los silencios mantenidos por la historia de la educación general, a los que había

que poner voz, y hacerlo con decisión, con energía e, incluso, con osadía. De esta manera, se ha convertido en uno de los múltiples objetivos histórico-educativos que ha ido adquiriendo relevancia en los últimos años, y que ya ha empezado a ser incluido entre los campos de investigación nuevos y emergentes, desde el que se están aportando trabajos y realizaciones de calidad.

Varias coincidencias llevan al origen del desarrollo de esta disciplina en España: se unen razones científicas, necesidades sociales, la dedicación demostrada en proyectos de investigación, financiados o no por organismos públicos, y en tesis de doctorado, el interés que suscitan las actividades de difusión organizadas en la Universidad, para este caso, especialmente en las Facultades de Educación. Y, desde luego, otra no menos importante, el apoyo de estructuras asociativas que promueven la interrelación entre quienes trabajan en “Estudios de las Mujeres” y que para muchas académicas han servido como estímulo para incorporarse a esa tarea y para acoger y respaldar la circulación de lo que se realiza.

La Historia de la Educación de las Mujeres, enunciado que hace referencia al estudio de la evolución histórica de los procesos educativos destinados a las mujeres, se está desarrollando desde la voluntad de detenerse en el mundo femenino como objeto de conocimiento apenas incorporado al saber general; y lo hace teniendo que relativizar algunos de los supuestos tradicionalmente aceptados, de acuerdo con las propuestas que los “Estudios de las Mujeres” incorporan a los marcos conceptuales que se utilizan en las diferentes disciplinas. Perspectiva que, al focalizar lo relacionado con las mujeres teniendo en cuenta, lo que realizaban, lo que querían, y el sentido que daban a lo recibido como punto central del pensamiento que se elabora, ha planteado de otra forma las finalidades de los programas de investigación y los ejes que guían el conocimiento, permitiendo elaborar y transmitir datos que ignorábamos e interpretaciones desde un orden de significado propio.

El proceso se está produciendo de forma paulatina observándose que, como disciplina académica, ofrece menos problemas que la historia de la educación general –masculina– a la hora de incorporar los temas y las cuestiones que le preocupan, quizás por la inmediatez que todavía existe en este campo entre investigación y enseñanza, y por la novedad que representa en los espacios académico-docentes.

En este recorrido están siendo mujeres las principales protagonistas. Su creciente presencia y responsabilidad en actividades de docencia y de investigación les permite decidir y afrontar el desarrollo, en este caso, de temas como la educación que tanto ha afectado a su identidad y a la condición social que se ha atribuido a las mujeres a lo largo de la historia. Aportaciones que vienen a demostrar lo inadecuado de transmitir a toda la población escolar conocimientos que se refieren siempre sólo a una parte, a los hombres, que pueden ser presentados y/o entendidos como generales y neutros, siendo el resultado de una visión androcéntrica de la realidad.

La situación ha empezado ya a ser distinta y, en algunas aulas, a las alumnas les es más fácil sentirse incluidas en los hechos y en las explicaciones que llenan los programas escolares, pues lo que se comunica, o no es únicamente sobre el mundo habitado por hombres, o se las hace caer en la cuenta del androcentrismo al que una determinada selección de contenidos conduce. Esos en los que las chicas no pueden encontrar ni modelos de identidad fuera de lo doméstico, ni reconocimiento de genealogía y de autoridad femeninas, a que sentirse vinculadas.

## SABERES, PRÁCTICAS, DISCURSOS EN LA EDUCACIÓN FEMENINA

Las propuestas de educación femenina a lo largo de la historia recogidas en este libro se articulan en torno a diversas finalidades, con mayor incidencia en unas etapas de la historia que en otras. La experiencia de las mujeres en las tareas de cuidado, y el aprendizaje de los saberes acumulados en la práctica que realizaban, es una de las finalidades que atraviesa los itinerarios educativos de las niñas y de las jóvenes. En este proyecto se ven los mecanismos utilizados para no desligar los roles sociales de las mujeres y de los hombres de sus diferencias fisiológicas, las cuales justificaban limitar la actividad femenina y, por lo tanto, su educación, a dos tipos de propuestas: una, la que preparaba para la crianza de los hijos e hijas, y otra, la que garantizaba el orden doméstico.

En el mundo clásico se exteriorizaba a través de la tarea de las nodrizas griegas, alimentando el cuerpo y el alma, y en la España del Renacimiento atendiendo a la instrucción de comadres. En las funciones asignadas desde la naturaleza, desde determinismos biologicistas, a la maternidad y a la enfermería, el deber de cuidadora ha sido presentado a las niñas con carácter de exclusividad, a través de los materiales escolares sobre higiene y puericultura, y de todo su proceso de formación. Lo que no fue distinto cuando, en el caso de las profesiones sanitarias, pasó a la Universidad el control de la preparación que debían adquirir.

Las imágenes y modelos que servían de referencia para la construcción de su identidad recorren, igualmente, toda la historia. Las matronas romanas, conocidas por su incidencia en la educación de ciudadanos relevantes, las jóvenes medievales a las que su proceso de formación afianzaba en el destino al que iban encaminándose, la herencia clásica sobre las ideas educativas que retoman las escritoras de la edad moderna. Los cambios que empezaron a producirse en los nuevos modelos que algunas mujeres se deciden a proponer a las puertas, y durante, el período de la Ilustración; entre ellas, todavía en el siglo XVII, la inglesa Mary Astell que defendió su posición en un debate avocado a convivir, al menos para una minoría, con deseos que afectaban a las relaciones sociales entre los sexos; junto a ellos, las propuestas de algunos hombres ilustrados.

Las bases para construir su identidad aparecían en los textos utilizados para la educación de las mujeres japonesas, todavía en el siglo XVIII, en los manuales escritos específicamente para las niñas en España y en otros países, en los siglos XIX y XX, en la prensa dirigida a mujeres, en las tareas escolares que realizaban, en la publicidad, en los proyectos políticos. Y así lo recuerdan las que a través de testimonios orales hacen balance de sus años de escuela.

Un buen grupo de trabajos desarrollan cuestiones relacionadas con las jóvenes que ocupan espacios educativos en instituciones que abren sus puertas, o que se crean para esa tarea, desde la baja edad media hasta la actualidad. Únicamente de iniciativa religiosa durante mucho tiempo, eran monasterios que a la vez que acogían y formaban a niñas y jóvenes, contribuían a la creación cultural, en este caso centrada en producciones musicales de origen femenino. Las prácticas de educación en las Cortes renacentistas, de singular valor la que sostenía la reina Isabel la Católica, de la que ella, sus hijas y otras mujeres de su entorno participaban, y ya más tarde, las organizadas en el siglo XVIII por las Juntas de Damas, en concreto las escuelas abiertas para la formación profesional de niñas, nos permiten transitar a lo largo de más de veinte siglos de historia.

A ellos se suman los que se refieren al acceso de las mujeres a la educación formal, en sus diferentes niveles de enseñanza; a la escolarización primaria, a la secundaria y a

la universitaria en los siglos XIX y XX, dentro de un sistema unitario y concatenado. Se demuestran que la iniciativa de entidades públicas, y la voluntad de las protagonistas, fueron dando vida a experiencias concretas a lo largo de un periodo tan amplio que permite conocer bien la evolución de los supuestos y la cadencia de las incorporaciones. Escuelas municipales, aulas para la formación profesional, el bachillerato con la modalidad de enseñanza que ofrece, y algunos recursos didácticos aplicados, así como las carreras universitarias, en concreto en Italia y Argentina, sirven de apuntes para una imagen de lo acaecido.

La entrada en las distintas modalidades de la educación institucional que se fue produciendo, la extracción y estatus social de las que iban siendo las pioneras, las relaciones entre educación y trabajo, las propuestas curriculares y las actitudes de algunos grupos ante estos hechos, sintetizan buena parte de la problemática en este campo en la Europa del paso del siglo XIX al XX.

No podía faltar, hablando de educación de las mujeres, la atención a las profesoras, a su formación y a los itinerarios biográficos y profesionales a lo largo de un siglo en el que fue creciendo y asentándose su presencia en las aulas. En torno a la profesionalización de la enseñanza, como un modo de entretrejer saberes, se incluyen varios trabajos sobre prensa pedagógica, revistas para mujeres, currículum de estudios de las maestras, y sus aportaciones a la renovación de la escuela, además de los que se refieren al análisis de los expedientes de depuración bajo el franquismo.

## **OTRA MEMORIA, OTRO PRESENTE, UN FUTURO DISTINTO**

Como las mujeres afectadas por procesos formales de educación han representado una minoría durante mucho tiempo, es necesario ampliar el ángulo de visión, y que la historia de la educación se construya integrando otros itinerarios femeninos, que son también historia. Hay que desvelar en cada época todo lo que las niñas recibieron de sus madres y de otras mujeres a través de esa relación en la que el amor hace eficaz y humano lo que se quiere comunicar. En la mayor parte de los casos consistía en una preparación para el papel asignado, sí, pero se hacía desde un orden simbólico que daba valor y significado a la diferencia de ser mujer; y no siempre se limitaba a ese papel, pues también sirvió para despertar, al menos en algunas, el deseo de ser desarrollando más capacidades, la voluntad de saber, y la curiosidad hacia el conocimiento que luego seguirían cultivando.

Así lo ejercieron las madres con sus hijas, las mujeres respecto de las jóvenes, y las maestras con sus alumnas. Esta relación educativa suscitada por ellas en todas las épocas con las de la generación siguiente, debe ser vista como un modo de proceder irremplazable para avanzar –tomando palabras de la historiadora María-Milagros Rivera Garretas– en la “obra de la civilización”; esa a la que muchas mujeres contribuyen cuando deciden establecer una relación educativa con otras, y mantenerla.

Modalidades educativas, más o menos canalizadas desde las diferentes instancias de la organización social en la que se producían, que no es posible disociar de los componentes culturales, de los criterios éticos, de las posturas ideológicas, de la presión de las convenciones y de los usos colectivos, cuando intentamos saber mejor qué sucedió; cuando nos preguntamos sobre por qué las mujeres tuvieron que satisfacer, al margen de lo que



fueran sus propias decisiones, las señaladas necesidades sociales, y cuando queremos explicar las interacciones, las sincronías, las aportaciones y hasta las contradicciones entre unas y otras realidades.

Muchas profesoras que están participando en el abrir camino a la Historia de la Educación de las Mujeres, comprueban que, junto a los discursos masculinos sobre educación femenina, y sus efectos en los grupos femeninos a los que iban dirigidos, hubo mujeres que silenciaron en sus propias vidas los mensajes que recibían, y adquirieron conocimientos, desarrollaron actitudes, y desempeñaron funciones no habituales en ellas. Que hicieron circular de generación en generación los saberes con los que contribuían al bienestar de la vida cotidiana y de las relaciones cercanas, aunque sus conocimientos no se incorporaran a la cultura académica por considerarlos poco relevantes. Se detienen en la observación de cómo afrontaron las expectativas vinculadas a su rol, los temores que sentían, los deseos que les servían de apoyo y de impulso, cuáles fueron los medios que utilizaron para disfrutar del estudio de las ciencias al que no se les daba acceso. Se está rescatando la producción pedagógica y las experiencias educativas de autoría femenina; las obras en las que han dejado reflejado su pensamiento pedagógico, y su modo de concebir y de desarrollar los procesos de enseñanza.

Como cualquier indagación histórica, y la de las mujeres en particular, la de la educación responde, en parte a la búsqueda de raíces, y en parte a una inquietud por el hoy que lleva a preguntarse ¿cómo hemos llegado a lo que tenemos?, ¿con qué olvidos y con qué consensos se ha construido? Al responderlas desde la Historia de la Educación de las Mujeres no sólo animan a denunciar las circunstancias que dejaron en el silencio las huellas dejadas por la población femenina, y a valorar que en la actualidad, aunque con excesiva lentitud, hayamos empezado a buscarlas, sino que nos recuerdan la urgencia de implicarse en los cambios que reclaman lo que vamos encontrando.

Despiertan la responsabilidad de contribuir a una manera nueva de ver el presente, y a restaurar una memoria que abra un futuro distinto. Descubren una genealogía femenina que se experimenta como el privilegio de tener a otras que nos han precedido y que alientan el deseo y la voluntad de implicarse en lo que aún espera. Hacen percibir la exigencia de que la investigación y las aportaciones teóricas que se realizan desencadenen dudas, interrogantes, reorganización de los supuestos, ya que a medida que se vuelve la mirada, encontramos también proyectos, logros, espacios de libertad y saberes, valiosos entre las mujeres.

La conciencia del pasado, la exigencia de todo grupo humano de tener memoria de sus raíces, forma parte de las dinámicas sociales que fluyen en el presente, a través de las instituciones que hemos heredado, de los sistemas de valores con los que actuamos, y de las tradiciones que nos acompañan. En ello están los trabajos de reflexión y de teorización que realizamos con la finalidad de que tengan repercusión en la sociedad; pues en la medida en que contribuyen a prácticas y a compromisos capaces de ayudar a una transformación de la sociedad que tenemos, y a otros modos de entender las funciones de hombres y de mujeres dentro de ella están anticipando el futuro.

Sin la historia, sin la perspectiva de la vida como proceso –en lo que tiene de continuidad y de cambio–, sin esa ampliación del espacio de la experiencia humana –con su diversidad, su complejidad, su provisionalidad, con las relaciones que establece y las contradicciones que emergen–, y sin esa articulación temporal que permite la consideración genealógica de

lo analizado, no sería posible todo lo anterior. No es nueva, en este sentido, la afirmación de la profesora Ángeles Galino sobre que «en historia las cuestiones de sentido se hallan estrechamente relacionadas con las cuestiones de génesis y evolución».

No quiero finalizar esta presentación sin resaltar el apoyo que desde otros organismos públicos recibe la actividad universitaria. En este caso, nuestro agradecimiento se dirige al Área de Políticas de Igualdad de la Diputación de Sevilla, impulsora de tantas iniciativas en favor de las mujeres.